

1.
DERECHO, LEGISLACIÓN Y LIBERTAD

FRIEDRICH A. VON HAYEK (1899-1992)*



* El título de esta entrevista fue elegido por nosotros para esta edición. El vídeo de esta entrevista y su transcripción se distribuye gratuitamente *on line* en el sitio web <http://hayek.ufm.edu/index.php/James_Buchanan> gracias al esfuerzo de la Universidad Francisco Marroquín, y al permiso de Pacific Academy Advanced Studies, quien a su vez nos autorizó a traducirla al español y reproducirla en este libro. Traducida por Nicolás Cachanosky. Revisión técnica de Adrián Ravier.

James Buchanan: Profesor Hayek, aprecio la oportunidad de hablar con usted hoy, aunque ya conversamos en la noche de ayer. Me han indicado que debo hablar con usted en extenso, o al menos comenzar, con el tópico de teoría política. Por lo tanto, si es posible, me gustaría empezar con un tema muy general.

En su libro publicado en abril, en Inglaterra, Lord Hailsham [Quintin Hogg] argumenta que uno de los problemas al que recientemente se enfrentan las naciones occidentales es el engaño, respecto al que, de alguna manera, mientras los gobiernos sean de hecho responsables electoralmente ante el pueblo, no necesitamos preocuparnos por ponerle límites.

Ahora, en un nivel mucho más profundo, usted argumenta este mismo punto en su tercer volumen de *Derecho, Legislación y Libertad*. Creo que será útil comenzar esta discusión si nos habla un poco sobre este tema. ¿Por qué nos vimos envueltos en este tipo de engaño —y de hecho creo que es un engaño— al punto tal que de alguna manera no tenemos que preocuparnos de limitar al gobierno si de hecho podemos hacer a los políticos responsables?

Friedrich A. von Hayek: He quedado bastante perplejo por esto, pero creo que he descubierto el origen. Comienza con los utilitaristas, con [Jeremy] Bentham y particularmente James Mill, quienes tenían esta concepción de que, una vez que había una mayoría que controlase al gobierno, no era posible otro tipo de restricción sobre el gobierno. Es bastante claro en James Mill, y más tarde en John Stuart Mill, quien una vez dijo: «The will of the people needs no control if it's the people who decide» [«la voluntad del pueblo no necesita control si es el pueblo el que decide»]. Ahora bien, allí, por supuesto, hay gran confusión. La historia del constitucionalismo hasta entonces consistía en restringir al gobierno, no en limitarlo a problemáticas particulares, sino en limitarlo en las formas en las que el gobierno podía interferir.

Aún era muy importante la concepción de que la coerción solo podía utilizarse para hacer cumplir reglas generales que se aplicaban con igualdad a todos, y que el gobierno no tenía el poder de discriminar la asistencia o prevención de personas

particulares. Ahora bien, lo terrible de olvidar esto es que, por supuesto, no es más la voluntad de la mayoría o, preferiría decir, la opinión de la mayoría, lo que determina lo que el gobierno hace, sino que el gobierno se ve forzado a satisfacer todo tipo de intereses especiales para lograr la mayoría. Es un proceso.

No hay una mayoría que coincide, sino el problema de construir mayorías satisfaciendo a grupos particulares. Por lo que creo que el tipo moderno de democracia, a la que llamo democracia ilimitada, se encuentra probablemente más sujeta a la influencia de intereses particulares que lo que ningún tipo de gobierno jamás ha estado. Incluso un dictador puede decir que no, pero este tipo de gobierno no puede decir que no a ningún grupo disidente que se necesita para obtener la mayoría.

Buchanan: Usted dijo que en Gran Bretaña este punto de vista comenzó con los utilitaristas. Me pregunto si —y esta es una pregunta más general que pensaba hacerle de todas maneras después de leer su tercer volumen— no es cierto que quizás esta actitud, o este engaño, fue más generalizado en Gran Bretaña que en los Estados Unidos. Me parece que el tipo de noción de límites constitucionales, división de poderes, fue más penetrante en los Estados Unidos, con nuestros Padres Fundadores, y luego en...

Hayek: Entre los Padres Fundadores había algunos que vieron muy claramente el punto que estoy mencionando. Y creo que intentaron, con el diseño de la Constitución Americana, lograr poner límites a sus poderes. Después de todo, la frase en la Constitución Americana, o mejor dicho en la Primera Enmienda, de la que tengo mejor opinión dice: «Congress shall make no law...» [«el Congreso no debe hacer la ley»]. Ahora bien, esto, desafortunadamente, se refiere a un único punto en particular.

Creo que la frase debería ser «Congress should make no law authorizing government to take any discriminatory measures of coercion» [«el Congreso no debe hacer ninguna ley que autorice al gobierno a tomar medidas discriminatorias de coerción»]. Creo que esto haría innecesarios todos los otros derechos y crearía el tipo de condiciones que deseo ver.

Buchanan: Creo que es interesante que se refiera a eso, porque ahora parece que nos encontramos en la posición en que la manera de medir la productividad del Congreso es la cantidad de leyes que hace. Pero déjeme continuar un poco más para elevar la pregunta que esto implica. Y esto es —y ciertamente he trabajado en esta área, y usted también—, en la fe en que podemos imponer ciertos límites constitucionales al gobierno. Pero no podemos hacerlo realmente. ¿No es eso un caso de fe ciega? ¿No debemos quizás volver al punto de vista Hobbesiano que tenemos o a la anarquía —y creo que ambos coincidimos que la anarquía no ha de funcionar— o tenemos un Leviatán? ¿Y en qué basa su creencia de que podemos imponer límites constitucionales?

Hayek: Oh, en el hecho, en el cual creo profundamente, de que en el largo plazo lo que gobierna es la opinión, y la opinión ha sido engañada. Fue el grupo de hacedores de opinión, ambos, pensadores y lo que ahora llamamos los medios de comunicación —los distribuidores de segunda mano de ideas— los que se han convencido de que la dependencia del punto de vista de la mayoría era suficiente para limitar el poder del gobierno. Creo que ahora es universalmente aceptado que ese no es el caso. Ahora debemos esperar que una situación intelectual como la que existió en Estados Unidos en los tiempos en que la Constitución fue escrita pueda volver a crearse.

Buchanan: ¿Pero podemos tener esa oportunidad? Esa es la cuestión.

Hayek: Sí. Creo que hay una oportunidad de hacer que los intelectuales se sientan orgullosos de ver a través del engaño del pasado. Esa es mi actual ambición, ¿sabe? Si bien mi preocupación principal es el socialismo, el socialismo y la democracia ilimitada se acercan mucho la una a la otra. Y creo —al menos tengo la ilusión— que se pueden poner las cosas de manera tal que los intelectuales se sientan avergonzados de creer lo mismo que sus padres.

Buchanan: Ha mencionado el punto de que ahora los jóvenes están redescubriendo los principios de la libertad. Y creo que

este es un punto interesante. Quiero decir, podemos esperar que esto suceda —pero quizás no soy tan optimista como usted—; que las ideas, en última instancia, importan. Es en parte por el problema de que no veo cómo pueden ser transmitidas y tener mucho efecto, y luego está la pregunta de cómo podemos ponernos en una situación que fuese equivalente a la situación de los Padres Fundadores. ¿Vendrá a través...?

Hayek: Puedo responder solo indirectamente. Creo que en nuestro argumento debemos preocuparnos no de las influencias actuales, sino en crear la opinión que hará políticamente posible lo que hoy es políticamente imposible. Puede llevar algo así como una generación antes de que las ideas concebidas por los filósofos o pensamientos en abstracto tengan efecto. Un Montesquieu o un Adam Smith comienzan a operar en la opinión pública después de una generación, o incluso más, y es por eso que siempre digo que hay esperanza si los políticos no destruyen el mundo en los próximos veinte años, lo que cual es bastante probable.

Pero debemos trabajar para esta fecha distante, la cual no veré pasar. Quizás veinte años sea muy poco. Pero una cosa que me da confianza es que, habiendo seguido a los Estados Unidos durante cincuenta años, ustedes parecen cambiar fundamentalmente de opinión cada diez años.

Buchanan: Creo que hay algunos signos alentadores, pero creo que veo...

Hayek: Y no siempre cambian en la dirección correcta.

Buchanan: ...veo esto de forma levemente diferente a usted, y déjeme intentar exponer un poco mi punto de vista. Me parece que nosotros, en los Estados Unidos, nunca hemos entendido realmente mucho los principios del mercado. Algo del trabajo de Jonathan Hughes me ha convencido de que el tipo de movimiento intervencionista-colectivista-socialista siempre estuvo presente, y que el verdadero motivo por el cual tuvimos un creciente mercado, rápido crecimiento y demás, se debió principalmente porque el gobierno estaba descentralizado, federalizado, etcétera, con inmigración, fronteras y todo eso.

Y tengo buena dosis de escepticismo respecto a que el tipo de principios de la libertad siendo adoptados por suficientes personas vaya a tener efecto. Por otro lado, donde veo lo que otorga ánimo, o los signos alentadores, es en que hemos perdido la fe en la alternativa colectivista. Me parece que en los últimos veinte años en particular la gente no ha mostrado fe en esta alternativa. El mercado, como usted y yo sabemos, siempre va a emerger si se lo deja solo. Y creo que ese es un aspecto alentador.

Hayek: Creo que la gente probablemente coincida en reglas generales sobre los límites del gobierno, sin saber lo que esto implica en la práctica. Y también creo que si de esto se hace una regla constitucional probablemente la respeten. Uno no puede esperar que la mayoría recupere sus creencias en el mercado como tal. Pero sí creo que pueden llegar a sentir aversión por la interferencia gubernamental. Esto sí se puede dejar en claro: que hay una diferencia entre el gobierno que sostiene al sistema y hacer cumplir ciertas reglas, y el gobierno que toma medidas especiales para el beneficio de personas particulares —esto es lo que la gente en general no comprende—. Si usted habla con una persona cualquiera, le dirá que uno debe obedecer la ley, como si eso incluyese a todas las otras cosas.

Creo que esa distinción debe ser clara, porque no todo lo que el Congreso resuelve es ley. De hecho, como usted sabe, bromeo sobre el hecho de que ahora no llamamos a la legislatura «legislatura» porque produce leyes, ¡sino que llamamos ley a todo lo que la legislatura resuelve! El término «ley» proviene del término «legislatura», no es a la inversa.

Buchanan: Bueno, esto se relaciona con una pregunta, sin embargo, y nuevamente crea el problema de si se puede o no cambiar esto. Es algo de lo que la gente no habla ahora, pero un siglo atrás John Stuart Mill lo mencionaba: a saber, la franquicia. Ahora bien, me parece que nos encontramos —nuevamente se relaciona con el engaño de la democracia, de alguna manera— en una situación donde las personas que son receptoras directas de la generosidad del gobierno, reciben la franquicia; las

personas que trabajan directamente para el gobierno, reciben la franquicia; y no se cuestionarán el no tenerla.

Para mí, no hay conflicto de intereses más abierto que el de la franquicia dada a estos grupos. ¿Está de acuerdo conmigo? No creo que discuta este punto en su libro.

Hayek: No, creo que la pregunta de la franquicia es qué poderes pueden conferir a las personas que ellos eligen. Mientras se elija a una única legislatura omnipotente desde luego que no hay manera de prevenir que las personas abusen de ese poder sin que la legislatura se vea forzada a realizar tantas concesiones a grupos particulares. No veo otra solución en mi esquema de dividir la legislatura propiamente dicha de la asamblea del gobierno, que está bajo las leyes establecidas por la legislatura. Después de todo, tal novedosa concepción se propaga gradualmente y comienza a ser entendida.

Y, después de todo, en cierto sentido, la concepción de la democracia fue un artefacto que capturó la opinión pública después de haber sido una especulación de los filósofos. ¿Por qué no —bajo el título apropiado— la necesidad de reparar el estado de derecho no pueda volverse un lema igualmente efectivo, una vez que las personas sean conscientes de la fundamental arbitrariedad del presente gobierno?

Buchanan: Sin embargo, ¿cómo ve que esto pueda suceder? ¿Nos ve de alguna manera llegando a una posición donde llamamos a una nueva convención constitucional y luego establecemos esta última con poderes separados? O, ¿cómo ve que esto vaya a suceder?

Hayek: Creo que a través de varios experimentos con nuevas enmiendas en la correcta dirección, las cuales eventualmente van a mostrar ser beneficiosas, pero no lo suficiente, hasta que la gente se sienta necesitada de reconstruir todo nuevamente.

Buchanan: En conexión con esto, recuerdo este comentario en Wabash, donde discutíamos este punto. En ese entonces usted estaba dando unas lecturas de lo que, creo, luego fue *The Constitution of Liberty* [*Los fundamentos de la libertad*], y hacía referencia a los impuestos proporcionales y progresivos.

En ese entonces, al menos, usted argumentaba que sentía que los impuestos proporcionales, de hecho, caerían bajo esta regla o rúbrica general, mientras que los impuestos progresivos no. ¿Aún piensa de la misma manera y podría explicar brevemente este punto?

Hayek: Oh, sí. Bueno, solo creo —y no sé si lo veía claramente en aquel entonces— que atañe a la tasa general de impuestos, y no particularmente al impuesto a los ingresos. Admito que puede ser necesario tener un leve impuesto progresivo para compensar los efectos regresivos de otros impuestos. Pero el principio que debe ser reconocido es que las leyes impositivas como un todo deben culminar en un impuesto proporcional. Aún sostengo esto.

Lo que, de alguna manera, es más importante es que, bajo mi concepto de separación de la legislatura del gobierno, el gobierno debe determinar el volumen de ingresos, pero es la legislatura la que debe determinar cómo recaudarlos. Las personas que van a decidir cómo asignar los gastos no pueden ser las mismas personas que van a decidir quiénes van a financiar esos gastos, pero deben saber que ellos y sus constituyentes van a tener que pagar equitativamente en cada contribución. Gran parte del incremento de los gastos del gobierno que vemos en estos tiempos se debe a la ilusión de que siempre hay alguien más que va a pagar.

Por lo que, si puede crearse la situación en la que cada ciudadano sea consciente de que «por cada gasto extra tendré que realizar una contribución proporcional», creo que se van a volver bastante más renuentes.

Buchanan: Creo que eso es muy cierto. Como una cuestión de hecho, hemos tomado esa cita directamente en algo que estamos haciendo ahora, y estamos tratando de probar precisamente cuáles son los efectos de estas enmiendas constitucionales. Como usted sabe, si puedo referirme un poco más a cuestiones actuales de política, actualmente en este país se están proponiendo todo tipo de esquemas de cómo podemos limitar los ingresos impositivos al gobierno.

Algunos intentan limitar el gobierno en términos de proporcionalidad con el producto o ingresos nacionales o estatales; otros intentan poner límites en tasas o impuestos específicos. ¿Tiene alguna preferencia por alguno de estos esquemas?

Hayek: No, estoy perplejo por esto, porque toda la discusión parece dar vueltas sobre los impuestos, y no sobre el gasto. Las personas incluso parecen asumir que uno puede seguir aumentando el gasto sin al mismo tiempo reducir los impuestos. Como decía, no conozco mucho este tema, pero la primera impresión que uno tiene es que estas personas están terriblemente confundidas, al asumir que uno puede bajar los impuestos y seguir con el gobierno tal cual está.

Buchanan: Quizás debamos hablar un poco más sobre esta distinción general entre ley y legislación, que ciertamente es central en su teoría política. Creo que tengo una buena concepción de lo que usted tiene en mente aquí, pero quizás quiera explicar este punto.

Hayek: Solía haber una concepción tradicional de ley, en la cual la ley era una regla general de conducta humana, igualmente aplicable a todos los ciudadanos, determinada a aplicarse a un número incierto de instancias futuras, y la ley, en este sentido, era la única justificación de coerción por parte del gobierno. El gobierno no debía tener, bajo ninguna circunstancia —excepto, quizás, en alguna emergencia—, el poder de discriminar en el uso de la coerción. Esa era una concepción de la ley que fue profundamente desarrollada por los juristas del siglo pasado.

Fue largamente discutida en la literatura de Europa continental, bajo el título de «ley en sentido material», que es la ley en mi sentido, y «ley en sentido meramente formal», algo que ha derivado en el nombre de ley por haber sido decidido bajo las maneras constitucionales, pero no por tener el carácter lógico de la ley. Ahora bien, la historia de por qué estos esfuerzos sensibles se fueron finalmente a pique es bastante cómica. En cierto punto, alguien señaló que institucionalizar la ley material significaría que la constitución no es ley.

Por supuesto, la constitución es una regla de organización, no una regla de conducta. En este sentido, la constitución no sería una ley. Pero eso conmocionó a la gente de tal manera que se abandonó la idea y la distinción por completo.

Ahora bien, creo que debemos reconocer que, con toda la reverencia que una constitución merece, después de todo, una constitución es algo muy maleable y algo que puede tener un valor negativo pero que no preocupa profundamente a las personas. Podemos encontrar un nuevo nombre para esto, para las reglas constitucionales. Pero debemos distinguir entre las leyes bajo las cuales el gobierno actúa y las leyes de organización del gobierno, y eso es lo que una constitución es. Una ley de organización del gobierno puede prohibir al gobierno hacer ciertas cosas, pero difícilmente pueda establecer lo que se conocían como las normas de recta conducta, que alguna vez fueron consideradas ley.

Buchanan: Me gustaría explorar esto con mayor detalle. Pero seguro es mejor dejar esto al Profesor Bork cuando hable con usted. Pero déjeme añadir otro punto: creo que en el prefacio al segundo volumen de su *Law, Legislation and Liberty* habla del espejismo de la justicia social. Usted dice que cree que está intentando hacer lo mismo, esencialmente, que John Rawls intentó hacer en teoría de la justicia. Me han preguntado sobre esta declaración en su libro.

Hayek: Quizás fui algo lejos en esto; estaba intentado recordar a Rawls sobre algo que él mismo dijo en uno de sus artículos previos, que me temo no ocurre en su libro: que la concepción de corregir la distribución del ingreso de acuerdo al principio de justicia social era inalcanzable, y que por lo tanto prefería conformarse con inventar reglas generales que tuviesen ese mismo efecto.

De todas formas, si no estuviese preparado para defender la justicia social distributiva, creo que podría pretender estar de acuerdo con él; pero, estudiando su libro con mayor detalle, mi sentimiento es que no se ciñe a aquello que había anunciado primero, y que hay demasiado igualitarismo, realmente, debajo

de su argumento, que es llevado hacia mucho más intervencionismo que lo que su concepción original justifica.

Buchanan: Creo que hay mucho de cierto en lo que usted dice. Creo que hay mucha ambigüedad, y que los primeros artículos eran mucho más claros. ¿Pero en su noción —este espejismo de justicia social— se encuentra su idea de que cuando intentamos alcanzar la «justicia social» probablemente hagamos más mal que bien? ¿O es que de alguna manera el objetivo en sí no es valioso como para ser propuesto o siquiera pensar en él?

Hayek: Es indefinible. Las personas no saben lo que quieren decir cuando hablan de justicia social. Tienen situaciones particulares en su mente, y esperan que si demandan justicia social alguien se hará cargo de todas las personas en necesidad, o algo por el estilo.

Pero la frase «justicia social» no posee significado, dado que no hay dos personas que puedan coincidir en qué quiere decir realmente. Creo, como digo en el prefacio, que he escrito un capítulo totalmente diferente sobre ese tema, tratando el concepto en un caso particular detrás de otro, hasta que descubrí que la frase no posee contenido, que la gente no sabe realmente lo que quiere decir con ella.

Y la apelación a la palabra «justicia» fue porque es una palabra muy efectiva y atractiva; pero la justicia es esencialmente un atributo del acto humano individual, y una situación no puede ser justa ni injusta. Por lo que se encuentra como un último recurso de confusión lógica. No es que esté en contra, sino que no posee significado.

Buchanan: Usted recuerda que nuestro viejo amigo Frank Knight solía decir que uno de los soportes del mercado es que las personas no podían coincidir en temas de distribución. Creo que probablemente haya bastante de esto.

Hayek: Si tienen que coincidir puede ser bueno. Pero con nuestro presente método democrático no es necesario coincidir, usted es presionado, con el pretexto de la justicia social, a entregar privilegios a diestra y siniestra.

Buchanan: ¿Cree que este empuje esté menguando en la política moderna?

Hayek: No sé cómo es en otros países. Estoy más preocupado, porque es lo más peligroso en este momento, con el poder de los sindicatos en Gran Bretaña. Mientras que la gente es bastante consciente de que las cosas no pueden seguir de esa manera, nadie está del todo convencido de que este poder de los sindicatos para hacer cumplir salarios que ellos consideran justo no es algo justificable.

Quiero decir que creo que en este momento hay un gran conflicto en el partido conservador, hasta el punto de que la mitad del partido aún cree que se puede actuar con la presente ley y llegar a un acuerdo con los líderes sindicales, mientras que los otros ven que, a menos que estos privilegios de los sindicatos, que les permiten usar la coerción y la fuerza para llegar a sus fines, sean de alguna manera revocados o eliminados, no hay esperanza para curar al sistema. Los británicos han creado un sistema automático que los lleva a mayor y mayor uso de poder para redireccionar la economía, por lo que, a menos que se elimine la fuente de ese poder, que es el poder monopólico de los sindicatos, esto no se puede corregir.

Buchanan: ¿Es Gran Bretaña única en esto, digamos, comparada con los Estados Unidos?

Hayek: Las cosas parecen haber cambiado bastante desde que conocí mejor los Estados Unidos. Hace quince años, cuando sabía más de este país, me parecía que los sindicatos americanos hacían más jaleo del capitalismo que, en principio, oponerse a él como tal. Parecía haber una tendencia en la opinión pública y en la legislación americana al camino de Gran Bretaña, pero no sé si ha ido tan lejos.

El motivo por el cual he estado extremadamente al tanto del significado en Gran Bretaña es porque he visto suceder lo mismo en mi país natal, Austria, que también es un país gobernado por los sindicatos. En este momento, nadie duda de que el presidente de la asociación de sindicatos sea el hombre más poderoso en el país. Creo que funciona porque sucede que él es

una persona muy razonable. Pero me estremezco de pensar lo que pueda suceder si un radical estuviese en esa posición. En ese sentido, la posición de Austria es muy similar a la de Gran Bretaña. Y creo que está empeorando en Alemania.

Siempre mantuve que la gran prosperidad de Alemania en los primeros veinticinco años después de la guerra se debió a la razonabilidad de los sindicatos. Su poder era mayor de lo que solía ser, en gran medida porque todos los líderes sindicales en Alemania conocieron lo que significa una alta inflación. Solo debían levantar el dedo y decir: «Wenn Sie mehr verlangen, haben Sie die Inflation» [«si pides más, tendrás inflación»], y entonces cedían. Esa generación se está yendo ahora. Una nueva generación, que no ha tenido esa experiencia, está tomando su lugar.

Por lo que temo que la posición de Alemania se irá acercando aceleradamente a la británica, pero no será tan mala como la británica, dado que el cierre de fábricas está prohibido por ley en Alemania, y no creo que eso vaya a cambiar.

Por lo que hay ciertos límites a la extensión del poder de los sindicatos. No puedo hablar por Francia. Debo decir que nunca he entendido la política interna de Francia, y la situación italiana es muy confusa para mí. Estoy teniendo cada vez más la impresión de que Italia posee ahora dos economías: una oficial, que es impuesta por la ley y en la que la gente pasa sus mañanas sin hacer nada; y una no oficial durante la noche, cuando trabajan ilegalmente en un segundo trabajo. Y que la economía real es una economía en negro.

Buchanan: Usted habla de inflación. No quiero entrar en los aspectos económicos, que seguramente ha discutido en otras entrevistas, pero déjeme seguir brevemente con los problemas políticos de salir de la inflación. Me parece que nos enfrentamos el problema político mayor en el corto plazo, no solo en este país, sino también en Gran Bretaña y otros países, de cómo podemos hacer que políticamente el gobierno haga algo respecto a la inflación.

Hayek: Solo por un camino muy tortuoso. Primero, al remover todas las limitaciones para que la personas utilicen un dinero

distinto al provisto por el gobierno; y al eliminar todas las, en sentido amplio, restricciones al cambio de divisas, incluidas las leyes de curso forzoso y demás. Esto le va a dar la oportunidad a las personas de usar la moneda que deseen. Mi ejemplo suele ser que sucedería en Gran Bretaña si no hubiese restricciones a los intercambios y la gente descubriese que los francos suizos son mejor moneda que la libra esterlina, y por lo tanto comenzasen a utilizar los francos suizos.

Verá, esto está sucediendo en el comercio internacional. La velocidad con la que la libra esterlina y ahora el dólar están siendo reemplazados en el comercio internacional, en cuanto las personas poseen la posibilidad de usar otra moneda, debería ser aplicada internamente. Y creo que finalmente será necesario. Este es el campo en el que soy más pesimista. No creo que haya la menor esperanza de lograr alguna vez que el gobierno siga una política monetaria sana.

Esto es algo que no se puede hacer bajo presión política, dado que es innegable que en el corto plazo se puede usar la inflación para incrementar el empleo. La gente realmente nunca va a entender que de esta manera en el largo plazo se empeora la situación. Esto nos lleva a una economía controlada, dado que la gente no va a parar la inflación, pero intentarán combatirla con controles de precios. Temo que este es el camino por el cual Estados Unidos probablemente se deslice a una economía controlada en el futuro próximo.

Nuevamente, mi esperanza es que sean tan rápidos en cambiar que lo encuentren tan repugnante que, a pesar de poder erigir un sistema extremadamente complejo de control de precios, ¡después de dos años estén tan hartos con él que desechen todo el sistema nuevamente!

Buchanan: Quisiera retrotraerme, si puedo —no dudo de que podemos pasar mucho tiempo siguiendo ese tema— a su posición básica de teoría política, filosofía política, quisiera examinar un poco su historia intelectual aquí, en término de su propia posición. Ambos nos iniciamos, más o menos, como economistas técnicos, y luego nos interesamos en estas cuestiones de filosofía

política. ¿Puede delinear para nosotros algo de su evolución en este tema?

Hayek: Tengo que pensar un poco. Realmente comenzó con mi edición del volumen sobre colectivismo y economía planificada, que originalmente surgió meramente a causa de haber notado que ciertos puntos de vista novedosos que eran conocidos en el continente no habían llegado aún al mundo de habla inglesa. Fue principalmente a partir Ludwig von Mises y su escuela, pero también de ciertas discusiones con Enrico Barone y otros, lo que era completamente desconocido en el mundo de habla inglesa. El verme forzado a explicar estos desarrollos continentales en la introducción y conclusiones de este volumen, que contenía traducciones, curiosamente me llevó no solo a la filosofía política, sino también al análisis sobre los erróneos conceptos de metodología en economía.

Creo que estos errores metodológicos llevan a esta concepción ingenua de que «after all, what the market does we can do better intellectually» [«después de todo, lo que el mercado hace nosotros lo podemos hacer mejor intelectualmente»]. Mi camino, desde entonces, siguió principalmente alrededor de consideraciones metodológicas; creo que el evento decisivo fue ese ensayo que escribí alrededor del '38 sobre... ¿cómo se llamaba? «Economics and Knowledge» [«Economía y conocimiento»].

Buchanan: Ese fue un ensayo excepcional.

Hayek: Creo que fue un punto decisivo de cambio en mi perspectiva. Igual que lo escribiría ahora, elaboraba la teoría de que los precios sirven como guías a las acciones y deben ser explicados en términos de qué es lo que la gente debe hacer —y no que están determinados por lo que la gente ha hecho en el pasado—.

Pero, por supuesto, las consecuencias psicológicas del modelo de análisis de utilidad marginal fue quizás el punto decisivo en el cual, según como lo veo ahora —el mercado como sistema de uso del conocimiento, que nadie puede poseer en su totalidad, y que solo a través del mercado las personas son guiadas para satisfacer las necesidades de personas que no conocen,

hacen uso de recursos de los que no poseen información directa, todo esto condensado en señales abstractas, y que toda nuestra riqueza y producción contemporánea puede surgir solo gracias a este mecanismo— es, creo, la base no solo de mi pensamiento económico, sino también de mi visión política.

Se reducen notablemente las posibles tareas de la autoridad si se nota que el mercado, en este sentido, tiene superioridad, dado que el monto de información que las autoridades puede usar es siempre muy limitado, y el mercado utiliza una cantidad de información infinitamente superior del que las autoridades pueden hacer uso.

Buchanan: Bueno, esto es muy interesante. Lo que me está diciendo —según entiendo— es que en realidad su visión vino de una idea y no de algún tipo de observación de eventos.

Hayek: Efectivamente, sí.

Buchanan: Muchas personas, sospecho, consideran su *Road to Serfdom* [*Camino de servidumbre*], que se publicó alrededor del 44, como un tipo de observación de las cosas que podrían suceder, y luego...

Hayek: No, verá, *The Road to Serfdom* fue en realidad el avance de un bosquejo de un libro más ambicioso que venía planeando con anterioridad, que quería llamar *The Abuse and Decline of Reason* [*El abuso y decadencia de la razón*]. El abuso es la idea de que uno puede hacer mejoras si se determina que todo el conocimiento se concentra en un único poder, y los consiguientes efectos de tratar de reemplazar el orden espontáneo por un director central. Y los resultados de la decadencia de la razón eran los fenómenos que observamos en los países totalitarios. Tenía eso en mente, y en eso de hecho se transformó mi programa de investigación en los siguientes cuarenta años.

Y luego una situación muy especial surgió en Inglaterra, ya en el 39, cuando la gente seriamente creía que el nacionalsocialismo era una reacción capitalista contra el socialismo. Es difícil de creer ahora, pero el mayor exponente con el que me he cruzado fue Lord William Beveridge. Él estaba realmente convencido

que estos nacionalsocialistas y capitalistas estaban reaccionando contra el socialismo. Por lo tanto escribí un memorándum a Beveridge sobre este tema, luego lo transformé en un artículo, y luego utilicé la guerra para escribir lo que en realidad fue un tipo de versión popular avanzada de lo que imaginé sería un gran libro sobre el abuso y decadencia de la razón. Esta era la segunda parte, la parte de la decadencia de la razón.

Fue ajustado en aquel momento y totalmente dirigido a los intelectuales socialistas de Gran Bretaña, quienes parecían tener esta idea de que el nacionalsocialismo no era socialismo, sino algo despreciable. Por lo que estaba tratando de decirles: «You're going the same way they do» [están yendo en la misma dirección que ellos]. Que el libro haya sido recibido de manera tan distinta en América, y que no haya atraído atención en absoluto allí, fue algo totalmente inesperado. Fue escrito en un inglés tan definitivo y fue, por supuesto, recibido de manera completamente distinta. Los socialistas ingleses, con pocas excepciones, aceptaron el libro como algo escrito de buena fe, que mencionaba problemas que estaban dispuestos a considerar.

Personas como Lady Barbara Wootton escribió una muy... de hecho, con ella tuve una experiencia muy seria. Dijo: «You know, I wanted to point out some of these problems you have pointed out, but now that you have so exaggerated it I must turn against you!» [«Ya sabe usted, yo quería señalar algunos de estos problemas que usted ha señalado, pero ahora que se han exagerado tengo que volverme en su contra!»]. En Estados Unidos fue totalmente diferente. El socialismo era una infección novedosa; el gran entusiasmo con el *New Deal* aún estaba en su cima, y había dos grupos: personas entusiastas con el libro pero que nunca lo leyeron —solo escucharon que había un libro que defendía al capitalismo— y los intelectuales americanos, que habían sido picados por el error colectivista y sentían que esto era una traición a los altos ideales que los intelectuales debían defender.

Por lo que fui expuesto a un gran abuso, algo que nunca había experimentado en Gran Bretaña hasta entonces. Fue tan lejos

como para desacreditarme totalmente como profesional. A mitad de mis cuarenta —supongo que sueno bastante engraido— creo que era conocido como uno de los dos economistas en disputa: estaba John Maynard Keynes y luego estaba yo. Keynes murió y se volvió un santo; y yo me desacredité a mí mismo al publicar *The Road to Serfdom*, lo que cambió completamente la situación.

Buchanan: Lo he escuchado decir lo sorprendido que se ha encontrado ante la reacción a *The Road to Serfdom*. Por otro lado, he escuchado —no creo habérselo escuchado decir a usted, pero lo he escuchado— a gente decir que se encontraba tan decepcionado con la reacción a *The Constitution of Liberty* [*Los fundamentos de la libertad*] que usted esperaba mucho más que la reacción que hubo. ¿Es esto correcto?

Hayek: Sí, eso es verdad.

Buchanan: ¿Atribuye esto al hecho de que era más comprensivo, a que quizás intentó incluir demasiado, o a qué?

Hayek: Era un libro de ciencia política escrito por alguien que no era reconocido como un politólogo. En base a esto, fue notablemente descuidado por los profesionales; era demasiado filosófico para los no filósofos. Cuando digo que estaba decepcionado, lo estaba en relación al rango de efecto. Fue recibido muy amigablemente por las personas que realmente respeto, pero ese es un grupo muy pequeño.

Recibí grandes elogios, que personalmente valoro, por *The Constitution of Liberty*, pero por un muy pequeño y selecto círculo. Nunca tuvo una verdadera atracción popular, y quizás era un libro muy grande para otros, demasiado amplio. Las personas elegían un capítulo aquí y allí que les gustaba; reimprimirían mi capítulo sobre sindicatos porque encajaba con sus ideas. Pero muy pocos fueron los que digirieron completamente el libro.

Buchanan: Me parece que atacaba dos cosas bien distintas. En *The Constitution of Liberty*, y en sus tres volúmenes de *Law, Legislation and Liberty* [*Derecho, Legislación y Libertad*]. En *The Constitution of Liberty* usted avanza y habla sobre áreas particulares de política económica: sindicatos, impuestos y este tipo

de cuestiones, produciendo propuestas específicas de reforma; mientras que en *Law, Legislation and Liberty* realmente está hablando más sobre los cambios estructurales en el gobierno que serían necesarios antes de que podamos tener esperanzas de aplicar esas reformas. Mi propio pensamiento sería que estos, en cierto sentido, están en orden inverso.

Hayek: No creo que lo esté presentando del modo correcto, dado que en *The Constitution of Liberty* trato de estos problemas solo en la tercera parte, únicamente para ilustrar los principios generales que he elaborado en las partes primera y segunda. Pero el otro punto es que en *The Constitution of Liberty* aún estaba principalmente tratando de reinstaurar, para nuestro tiempo, lo que consideraba los principios tradicionales.

Quería explicar lo que los liberales del siglo XIX realmente intentaron hacer. Fue solo cuando prácticamente terminé el libro cuando descubrí que los liberales del siglo XIX no tenían respuesta a algunas preguntas. Por lo que comencé a escribir el segundo libro sobre la base de que estaba tratando problemas que no habían sido desarrollados con anterioridad. No estaba meramente reiterando, como pensaba, en un estilo mejorado lo que era doctrina tradicional; estaba atacando nuevos problemas, incluido el problema de la democracia.

Buchanan: Sí, recuerdo que fue solo en la última parte del libro cuando usted toma esas reformas particulares. Pero parece ser que en las discusiones sobre el libro esa es la parte que llamó más la atención.

Hayek: Eso es perfectamente cierto. Pero eso ilustra, quizás, lo que dije con anterioridad: el libro, en su totalidad, era muy filosófico, y la gente se concentró en las partes donde fui más concreto.

Buchanan: Déjeme preguntarle un poco ahora sobre su visión en lo que llamaría la evolución socio-cultural. Aparecen varias de sus obras en estos dos volúmenes de ensayos, y también en el tercer volumen de *Law, Legislation and Liberty*, donde presta mucha atención en el tipo de reglas de origen espontáneo, costumbres e instituciones. Sin embargo, al mismo tiempo usted

parece estar dispuesto a clasificar algunas cosas que han surgido como no deseables. ¿Cómo reconcilia estas dos posiciones?

Hayek: Bueno, no hay gran dificultad. Las cosas que han sido probadas evolutivamente, al ser seleccionadas como superiores —al sobrevivir, porque los grupos que las practicaban eran más exitosos que otros— han probado su carácter de beneficiosas. Lo que objeto es el intento de alterar desde el exterior el desarrollo a través de construcciones deliberadas, lo que no es necesariamente equivocado, pero el mecanismo de auto-corrección es eliminado. Mientras que, si la práctica va mal, el grupo en cuestión declina; pero si un gobierno va mal e impone el error que ha cometido, no hay ningún tipo de corrección automática.

Buchanan: En conexión con esto, ¿considera que su visión se encuentra próxima, o hasta qué punto difiere, de la de Michael Oakeshott?

Hayek: Hay dos libros nuevos respecto a los que admito en mi tercer volumen que debería haber estudiado cuidadosamente antes de escribirlo, pero si lo hubiera hecho nunca hubiese terminado mi propio libro. Son de Robert Nozick y Oakeshott. Simpatizo con ambos, pero solo conozco partes de ambos. Ahora bien, a Oakeshott lo conozco personalmente bastante bien; por lo que tengo una buena concepción de su pensamiento sin haber estudiado su libro. Creo, para exponerlo realmente de forma cruda, que yo soy un liberal del siglo XIX y él es un conservador. Creo que es así...

Buchanan: Una de sus ex alumnas, Shirley Letwin —he hablado con ella sobre este problema en extenso— cuando habla sobre este punto de su trabajo también lo relaciona con el de Oakeshott. Por lo que asumí que habría una obvia conexión más cercana entre los dos más allá de la personal de la que quizás realmente haya.

Hayek: Podemos hablar el uno con el otro con total comprensión, pero siento —quizás le haga de menos— que en el sistema de Oakeshott hay ciertos prejuicios a favor de una actitud conservadora; son sus preferencias las que le hacen anteponer algo sin ser estrictamente capaz de justificar su argumento, pero él va

a justificar el no justificarlo. Él cree que finalmente debemos confiar en nuestros instintos, sin tener que explicar cómo podemos distinguir los buenos de los malos. Mi intento actual es decir sí, confiamos en instintos tradicionales, pero algunos de ellos nos engañan y otros no, y nuestro gran problema es cómo identificar y cómo restringir a los malos.

Buchanan: Ahora que he mencionado a gente de Londres, déjeme preguntarle también sobre Sir Karl Popper, a quien he visto casualmente el mes pasado. Shirley Letwin también me sugirió que usted podría haber estado bastante influenciado por algunos de los trabajos de Popper, aparentemente por obras que no han sido publicadas, pero que ella llamó su «ética evolutiva» o sus intentos de desarrollar una ética evolutiva.

Hayek: No. Recuerdo precisamente cuando Popper me criticó por mi punto de vista evolutivo.

Buchanan: Eso es interesante.

Hayek: Ahora la relación es en sí curiosa. Verá, Popper, ya al escribir *The Open Society and Its Enemies* [La sociedad abierta y sus enemigos], conocía íntimamente mis artículos sobre la contrarrevolución de la ciencia. Fue en estos donde él descubrió las similitudes de sus puntos de vista y los míos. Yo lo descubrí cuando se publicó *The Open Society*. A pesar de haber estado muy impresionado —quizás me retrotraigo hasta entonces— por su *Logic of Scientific Discovery* [Sobre la lógica del descubrimiento científico], su libro original, formalizó conclusiones a las que yo ya había llegado. Y las alcancé por exactamente las mismas circunstancias.

Popper es más joven que yo por unos pocos años; por lo que no lo conocí en Viena. No éramos de la misma generación. Pero estuvimos expuestos a la misma atmósfera, y en las discusiones, por lo tanto, nos encontramos con dos grupos del otro lado: marxistas y psicoanalistas. Ambos tenían el hábito de insistir en que sus teorías eran irrefutables, y esto mismo me llevó a concluir que si una teoría es irrefutable entonces no es científica. Nunca he desarrollado esto; no tenía la práctica filosófica para hacerlo.

Pero el libro de Popper contiene las justificaciones para estos argumentos —que una teoría que es necesariamente cierta no dice nada sobre el mundo—. Por lo tanto, cuando se publicó su libro, pude de una buena vez adoptar su articulación de cosas que ya estaba pensando y sintiendo. Desde entonces, he seguido su trabajo muy de cerca.

De hecho, antes de que fuera a Nueva Zelanda, lo vi en Londres —incluso habló en mi seminario— y encontramos un acuerdo básico de gran alcance. No creo que haya nada fundamental en lo que esté en desacuerdo, aunque a veces tenga, al principio, algo de duda. Su presente interés sobre los tres mundos me tuvo muy perplejo al principio. Creo que ahora lo entiendo, y coincido. Cuando, en la *Hobhouse Lecture*, hablo sobre la cultura como un elemento externo que determina nuestro pensamiento, en lugar de ser nuestro pensamiento lo que determina la cultura, es, creo, lo mismo que Popper quiere decir cuando habla de los tres mundos.

Por supuesto, en los pocos años en que coincidimos en la London School of Economics —solo entre el 45 y el 50— nos volvimos amigos muy cercanos, y nos hemos seguido muy de cerca en prácticamente todos los temas.

Buchanan: Ha escrito un nuevo libro con Sir John Eccles sobre el yo y el cerebro...

Hayek: He leído su parte, pero no la de Eccles. Esencialmente desarrolla el punto sobre el que estaba hablando —sobre los tres mundos y...—.

Buchanan: Sí, recuerdo la exposición sobre «los tres mundos» que dio —¿dónde fue?—, ¿sabe?, en Suiza, en la reunión de la Mont Pelerin Society en Suiza.

Hayek: En aquel momento no la entendí. Es solo en las cosas que ha escrito desde entonces cuando se ha vuelto claro para mí, y por un cierto desarrollo de mi propio pensamiento, que va en la misma dirección.